

LA AMBICION DE MARRUECOS

LA voracidad verbal con que el Reino de Marruecos se ha lanzado contra algunos territorios circundantes es conocida: Mauritania sufrió su acoso, Argelia se vio exigir grandes trozos de su territorio y las zonas de Ifni y el Sahara han estado muchas veces antes de ahora en el punto de mira imperial. Ha habido mapas fantásticos en los que aparecía como anexionado Tombuctú, rememorando una conquista del siglo XVI y hasta las Islas Canarias, por mera razón de proximidad. Es cierto que la mayor parte de las reivindicaciones procedieron, en primer lugar, de la oposición de la derecha, del Istiqlal, partido que tuvo por líder a Al-lal el Fassi, que irradiaba un santo fascismo islámico con todos los componentes clásicos de intolerancia religiosa y de costumbres, nacionalismo e ultranza, expansión territorial, partido único y una vocación policlaca en las formas de gobierno que nunca pudo ejercer. Los gobernantes suelen atender a la oposición —cuando es más conservadora que ellos— con alguna frecuencia, y estas campañas verbales no podían ser desmentidas por el palacio para no perder opinión pública en el terreno de la gran demagogia. Alguna vez el Rey fue envuelto por sus palabras más allá de lo que hubiese deseado y se enzarzaron duras batallas con Argelia, en lo que llegó a ser considerado como la primera guerra de Africa después de la serie de independencias. El Ejército Real no llevó en aquella ocasión la mejor parte. Lo cual no debe servir para subestimar su capacidad combativa. Marruecos posee un Ejército aguerrido y duro, y muy bien armado y pertrechado. La mayor mella que ha sufrido ese Ejército la ha causado el propio Rey Hassan en las varias represiones por golpes de Estado, unos auténticos, otros probablemente simulados para dismantelar a la oposición democrática y de izquierdas. Un gran simulador de esos golpes de Estado o complots fue Ufkir, que luego moriría acusado de haber intentado perpetrar uno (la versión ofi-

cial fue la de un suicidio causado por el arrepentimiento; la versión popular es la de que fue asesinado por Dlimi, su compañero de aventura años atrás en París: el asesinato de Ben Barka). Pese a los fusilamientos de generales y coroneles, el Ejército marroquí tiene buenos cuadros, salidos de las academias francesas y con la experiencia de la guerra mundial en que fueron utilizados por Francia.

SALVO el penoso incidente con Argelia, que terminó con un alto el fuego en espera de unas negociaciones fronterizas que no se concluyeron jamás, y sin que las reivindicaciones marroquíes se emitiesen en lo sucesivo, la voracidad no ha pasado de ser verbal. Se ha llegado más de una vez a la política del borde del abismo, pero sin dar el paso adelante. Ello no quiere decir que las amenazas actuales de Hassan II («Si se quisiese imponer un proceso de autodeterminación en el Sahara, el pueblo marroquí, con su Rey a la cabeza, marcharía sobre ese territorio») deban ser subestimadas, y parece prudente y razonable la respuesta militar española que revela el gobernador general de la región cuando declara a «La Vanguardia», de Barcelona, que «El Ejército español destacado en el Sahara está perfectamente equipado y adiestrado para responder cumplidamente a Marruecos si cometiera esa insensatez. Nuestro Ejército ocupó sus posiciones cuando Marruecos desplegó tropas a lo largo de la frontera Norte del Sahara durante el verano pasado y sigue en ellas, dispuesto a defender los compromisos adoptados por nuestro país ante el pueblo saharahuí y ante las Naciones Unidas». Parece claro que la nueva ofensiva verbal marroquí —y no sólo verbal: en cuarenta y ocho horas se han registrado más incidentes que en el mes anterior, según la misma fuente anteriormente citada— tiene dos oyentes de privilegio: el Presidente Giscard, que ha tenido



La reivindicación del Sahara es, quizá, una última carta de la monarquía alauita, tan aproximada por regímenes de otra envergadura social y revolucionaria.



Hassan II: «La celebración de elecciones va contra los intereses nacionales marroquíes, que son los de lograr la unanimidad de todos para luchar por la anexión del Sahara español.»

una acogida y una despedida de extraordinario montaje, y la misión especial de las Naciones Unidas que estudia el tema del Shara (Costa de Marfil, Cuba y el Irán).

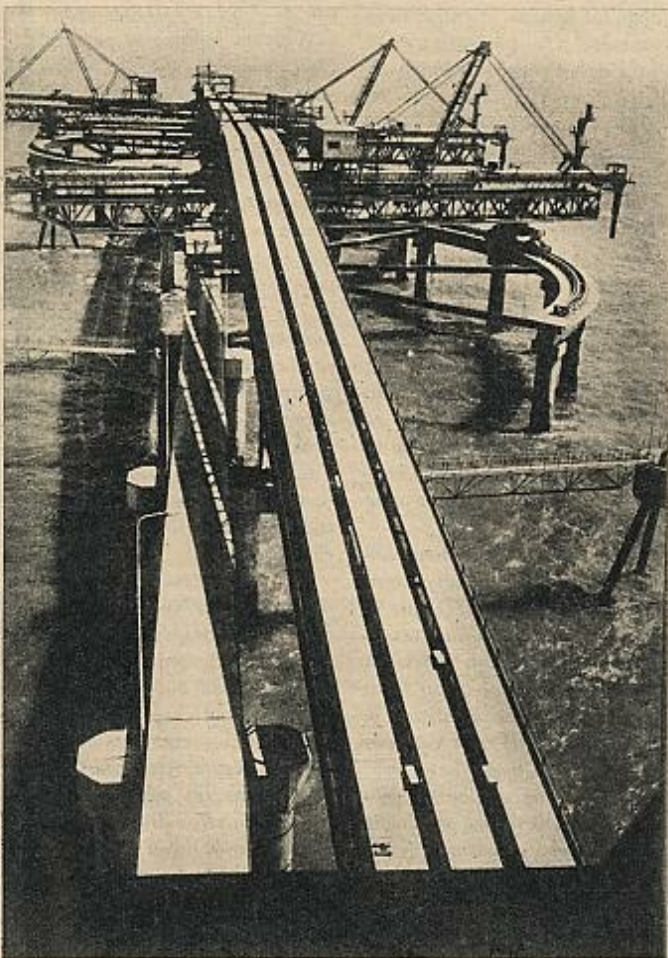
HAY un tercer oyente: el pueblo marroquí. Nunca se insistirá bastante en la veracidad de un tópico: cuando un país tiene dificultades interiores levanta una bandera exterior. No disimula exageradamente Hassan II cuando en las mismas declaraciones (a la radiotelevisión francesa) citadas anteriormente responde a la pregunta de por qué no celebra elecciones en su país diciendo que «ello va contra los intereses nacionales marroquíes, que son los de lograr la unanimidad de todos para luchar por la anexión del Sahara Español» (según la versión del corresponsal en París de «Informaciones», 29-IV-75). En realidad, no se celebran elecciones no solamente porque es molesto y caro trazar sus resultados, sino porque las campañas electorales previas permiten a veces decir lo que no se puede decir. Y porque, finalmente, fueran cuales fueran sus resultados, requerirían un parlamento y unas limitaciones faciales al poder absoluto.

MARRUECOS tuvo un arranque democrático a raíz de su independencia en 1956; Sidi Mohammed volvió del exilio de Madagascar y abdicó de su título absoluto de Sultán para convertirse en Rey constitucional (y comenzó a hablarse impropriamente de trono, de Corona, elementos que jamás han existido en las monarquías árabes); es decir, promulgó una Constitución bastante democrática (la europea), permitió un amplio juego de partidos (incluyendo al comunista, del que era secretario general Ali Yata, y al de extrema izquierda de las Fuerzas Populares, encabezado por Ben Barka, del que Mohammed había hecho preceptor de su hijo y que luego, ya Rey ese hijo, sería asesinado por Ufkir, ministro del Interior); dio el gobierno a las izquierdas cuando vio que éstas tenían mayoría y se esforzó por liberar las viejas estructuras. Estructuras demasiado pesadas que no eran fáciles de mover. No tuvo de tiempo más que cuatro años: murió inesperadamente en febrero de 1961, como consecuencia de una intervención quirúrgica nasal que se creía sin importancia. A partir de ese momento, Hassan II, que siendo príncipe heredero había capitaneado ya algunas expediciones armadas para evitar tendencias independentistas de algunas regiones (ciertos bereberes preferían el colonialismo europeo al colonialismo árabe) y agitaciones sociales, comenzó a transformar la monarquía constitucional y democrática cada vez más en una autocracia. A veces se le supuso simple presa de Ufkir; luego se ha visto que pudo más que el general intrigante y misterioso (tal vez un hombre de la CIA, tal vez del «deuxième bureau», tal vez de los dos), y que la muerte de Ufkir ya no contenía esta tragedia griega del Rey solitario sediento de un poder que cada vez le parece insuficiente y rodeado de enemigos. Las truculentas historias de complots han mostrado varias veces la disconformidad de las clases dirigentes; pero ha habido revueltas populares que han permitido ver la impaciencia del pueblo por la corrupción y la dictadura. Siempre fueron ahogadas en sangre: Marruecos no es un Reino clemente. (En Casablanca, una manifestación de estudiantes de Bachillerato fue disuelta con los cañones de los tanques disparando a bocajarro: más de cien muertos de doce a dieciséis años.) Marruecos no es un país pobre. Es un país que fue empobrecido, en primer lugar, por la coloni-

zación francesa (generosamente olvidada a la hora de recibir a Giscard d'Estaing), que no fue ni mejor ni peor que otras, pero que, como todas, concibió y estructuró la economía de Marruecos como simple auxiliar de la economía de la metrópolis y explotó sus materias primas y su mano de obra, y, en segundo lugar, por la ola de corrupción del nuevo régimen, que abarca desde los más humildes cargos burocráticos hasta las más altas esferas: sólo varían las tarifas.

PROMETER el Sahara al pueblo marroquí —que se conformaría con que le dejaran llevarse algo más de las tierras que cultiva— es prometer unas riquezas de subsuelo que finalmente irían a la corrupción y al neocolonialismo de quienes son cómplices exteriores de la monarquía; pero es alzar una bandera de irredentismo —sin explicar demasiado la historia—, tratar de causar de nuevo el mismo alzamiento espontáneo y unánime de la independencia y volver a iluminar con las hogueras de la promesa de botín las viejas almas de guerreros cansados. Arcaísmos. Sistemas primitivos.

QUIZA también una última carta de la monarquía alauita, tan aproximada por regímenes de otra envergadura social y revolucionaria (la guerra con Argelia sirvió, sobre todo, para afejar la imagen de un país que estaba irradiando demasiadas simpatías revolucionarias) y tan minada por su propio pueblo. ¿Qué pasaría en Marruecos si cayese el Rey? No se especula ahora con los atentados de otras veces, sino con una supuesta mala salud del monarca. Sería difícil que su hermano, el abúlico y nada ambicioso Muley Abdallah, pudiera conducir la regencia hasta la mayoría de edad del heredero. No sería fácil mantener la dinastía alauita. Podría suceder una República islámica. Si el Istiqlal tomase el poder no cesaría tampoco en sus reclamaciones territoriales. Pero no parece fácil que se cambiase una autocracia por una dictadura. Pero todas estas especulaciones no tienen, por ahora, demasiado sentido. ■



Prometer el Sahara al pueblo marroquí es prometer unas riquezas de subsuelo que, finalmente, irían a la corrupción y al neocolonialismo de quienes son cómplices exteriores de la monarquía. En la foto, cinta que une la mina de fosfatos de El Bucraa con el puerto atlántico de El Aaiún.